

LA PERSONA ES RELACIÓN²

(CON DIOS, CON UNO MISMO, CON LOS DEMÁS, CON LA CREACIÓN)

SEGUNDA PARTE

3.7. *El principio vital*

Algo importante y que está profundamente grabado en la memoria, es el lugar **desde donde** nos movemos, cuál es el principio vital que nos moviliza. Es decir, **desde dónde y por qué** surgen nuestras motivaciones, actitudes, comportamientos, deseos, búsquedas, pretensiones, ideales, proyectos, etc.

Para una vida como la nuestra este planteamiento es ineludible. Somos peregrinos a la búsqueda del rostro del Dios vivo, en una vida sencilla, escondida y laboriosa; vivimos libremente bajo una regla y un abad en una comunidad de hermanos. Este contexto nos expone a una situación permanente en la que nuestros móviles más profundos van a ir sufriendo duros golpes. De esta manera el proceso de purificación de nuestros móviles será continuo y desestabilizante.

Pero todos estos golpes tenemos que verlos con la confianza de que es Dios quien está llamando a la puerta de nuestro corazón, para que caigamos en la cuenta de que vivimos en el país de la desemejanza, salgamos de la tierra de la esclavitud a la conquista de la tierra de promisión en la que viviremos a imagen y semejanza del Creador, como hijos de Dios. Es necesaria una lectura de fe, para poder interpretarlo como el camino que debemos recorrer en esta historia de salvación que, guiada por el Espíritu del Señor, vamos construyendo y escribiendo día tras día.

Muchos de los temas y de los problemas de los que hemos trata-

¹ Monje del Monasterio de Santa María, de Sobrado (La Coruña, España).

² Conferencia dada a las monjas del Monasterio de la Asunción de Santa María (Mendoza de Rengo, Chile), en el año 2006.

do hasta el momento, hunden sus raíces precisamente en los móviles a los que a continuación voy a referirme.

3.7.1. *El principio del placer*

Está más arraigado en las generaciones más jóvenes, al menos en lo que se refiere al mundo occidental. Podríamos llamarlo, en términos acuñados por el psicoanálisis, el principio del placer.

¿Qué significa que actuamos movidos por el principio del placer? Pues que consciente o inconscientemente, buscamos sentirnos bien, tener buenas sensaciones, experimentar buenos sentimientos, tener buenos pensamientos. Es como si lo único importante es ir viviendo sin que nada nos perturbe, nada nos incomode y nada nos moleste. Es bueno todo aquello que me produce placer, que me resulta satisfactorio y que es gratificante. Esto es lo que busco. Todo lo que perturbe e incomode, es indeseable. Por lo tanto, se niega el conflicto, los problemas, las oscuridades, lo negativo, las zonas oscuras, etc. Mis criterios y clasificaciones están marcados por este principio.

Fíjense que viviendo de esta manera paso por la vida huyendo de muchísimas cosas, personas, acontecimientos y decisiones. Vivo buscando refugio. Necesito estar protegiéndome de todo aquello que pueda hacerme daño o que pueda producirme dolor. Tengo un miedo increíble, y hasta irracional, al sufrimiento.

La vida espiritual camina también en el mismo sentido. Veo al Señor parcialmente: Jesús es el Cristo glorioso, vencedor del dolor y de la muerte. Es el taumaturgo que es capaz de curarlo todo por arte de magia. Sólo siento su presencia cuando experimento consolaciones. No puedo entender las desolaciones. Su silencio es insoportable y mucho más su ausencia...y cuánto más su cruz. ¡Cuántas veces acudo al Señor para que me solucione los problemas, para evitar el sufrimiento, para pasar a través de los conflictos sin tener que enfrentarme a ellos, para que Él tape u oculte todo lo que me disgusta!

De esta forma he convertido al Señor en un Dios tapagujeros, que me sirve porque me proporciona bienestar y comodidad, suaviza todo lo áspero, allana todo lo escabroso, y que, en definitiva, siempre que le pido me concede aquello que necesito y deseo: lo que a mí me gusta.

Desgraciadamente, o mejor dicho, gracias a Dios, uno no puede vivir así durante mucho tiempo porque, quiérase o no, la realidad se impone: *si me gustan, las cosas son como son; y si no me gustan, las cosas son como son*. El Señor no va a poder mantenerme protegido, indefinidamente, en una urna de cristal, al amparo de los acontecimientos, de las personas, de la vida.

Precisamente es todo lo contrario: Dios está siempre conmigo, de mi parte, a mi lado, amándome incondicionalmente, como un Padre a su hijo, apostando por mí en todo momento... pero, y esto es muy importante, no puede vivir mi vida, no puede sustituirme en la peregrinación que solamente yo puedo realizar. La vida solamente la puedo vivir yo; el camino sólo yo puedo andar. Él sólo puede estar a mi lado sosteniéndome, animándome, motivándome en el duro y trabajoso arte de vivir, de responsabilizarme, de hacerme cargo de mi propia vida. El Señor es el Dios vivo y verdadero, Dios de vivos, no de muertos.

Un padre y una madre son realmente padres no cuando paternalista y protectoramente procuran que yo sea siempre un niño. Realmente es cierto que hay muchos padres que hacen esto. Pero tenemos que reconocer que la misión de un padre que es lo que tiene que ser es la de, sin dejar de estar a mi lado sosteniéndome y queriéndome, enseñarme y procurarme lo necesario para que sea una persona adulta, libre, autónoma, capaz de ser responsable, de hacerme cargo de la vida, de afrontar la realidad con coraje y entrega, lo bueno y lo malo, lo positivo y lo negativo de la vida.

Esto de lo que venimos hablando ocurre en la vida normal, en el ciclo vital (nacer, crecer, desarrollarse, deteriorarse y morir), en la evolución psicológica humana: es necesario dejar de ser niños para convertirnos en seres adultos. En este paso es en el que podremos evaluar la correcta o incorrecta tarea de los padres.

Pero todo esto ocurre también en nuestra vida de fe y en el itinerario de la vida monástica: tenéis que ir dejando de ser niñas para ir transformando en monjas adultas, en cristianas cabales y en mujeres de verdad.

Así como en el proceso evolutivo de los ciclos vitales el niño va transformándose en adulto en la medida en que va abandonando el principio del placer y movilizándose por **el principio de realidad**, de la misma manera ocurre en el proceso espiritual y en la vida monástica: es preciso e imprescindible aprender a vivir según el principio de realidad, y desaprender a movernos solamente por el principio del placer.

¿Y qué significa esto? ¿Qué es vivir según **el principio de realidad**? Pues que seremos cristianos y monjes adultos cuando comencemos a manejarnos en la vida, a afrontar el gozo y el sufrimiento, la vida y la muerte, los consuelos y las desolaciones: Seremos adultos, o iremos en esa dirección, cuando aprendamos que la vida tiene sus límites, sus defectos, sus lagunas; cuando sepamos que en cada uno de nosotros y en todos existen luces y sombras con las que hay que saber convivir, aceptar y amar. Seremos adultos cuando asumamos con realismo y cariño que la vida comunitaria no es una vida angélica, sino hasta demasiado humana en muchas ocasiones.

Es difícil ir comprendiendo y asumiendo que las cosas no son ni

totalmente blancas, ni totalmente negras; son grises. Es duro ir penetrando en el misterio de nuestra fe (ya les pasaba a los primeros creyentes) y creer con adhesión en el Señor Resucitado que es también el Crucificado, aquél cuyas llagas y cuya pasión sigue, y seguirá siempre presente entre nosotros, hasta el final de los tiempos.

Es costoso y arduo descubrir que el amor que va teniendo calado, es siempre un amor crucificado, es decir, un amor que en muchísimas ocasiones requiere: renunciaciones, abnegación, sacrificios, incomprendimientos, paciencia, gratuidad, etc. Acordémonos del bellissimo himno al amor de *1 Co 13,4-7*: *El amor es paciente, es afable; el amor no tiene envidia, no se jacta ni se engríe, no es grosero ni busca lo suyo, no se exaspera ni lleva cuentas del mal, no simpatiza con la injusticia, simpatiza con la verdad. Disculpa siempre, se fía siempre, espera siempre, aguanta siempre.*

Sería fatal entender el amor crucificado como una obligación, como algo impuesto. Si es así la garantía de éxito sería nula. Las personas adultas creen en ello por convicción, porque es un valor, porque han aprendido que el amor es un amor crucificado, o si no, no es amor. Y no podemos olvidar que los cristianos siempre contemplamos la cruz desde la experiencia de la resurrección, de la gloria: desde la experiencia profunda, desde la certidumbre, desde la convicción inviolable de que mi vida es vida para la comunión, es vida para los demás, es vida eucarística, es decir, que sólo tiene sentido cuando se entrega partiéndose y repartiéndose en bien de los otros.

Nuevamente sería conveniente recordar lo dicho a propósito de la antropología cisterciense: que ésta es nuestra verdad más auténtica, lo que verdaderamente somos, lo que estamos llamados a ser, lo único que puede hacernos felices, aquello a lo que Dios nos destinó desde el principio de la creación: a ser hijos de Dios, conformados a imagen de Cristo Jesús.

3.7.2. *El principio del dolor*

El segundo principio vital desde el cual y por el cual nos movemos, normalmente está más arraigado en las generaciones mayores, al menos en Occidente. Pero no es exclusivo de estas generaciones, pues podemos encontrar uno u otro, indistintamente, en ambas generaciones.

Este principio sería fruto de una moral estricta, rigorista, y se podría decir que estas personas se movilizan movidos por el principio del dolor. En este caso lo que vale, lo que tiene mérito es todo aquello que supone sacrificio, renuncia y abnegación. Queda marginado y hasta excluido de la vida y de la persona todo lo luminoso y placentero, todo lo lúdico. *Padecer o morir*, pudiera ser la frase que resumiese la actitud vital

de estas personas ante la vida.

Su espiritualidad es una espiritualidad dolorista y hasta masoquista. Fácilmente pueden caer en la perversión de buscar el dolor por el dolor, el sacrificio por el sacrificio. La vida es para estas personas un *valle de lágrimas* en el que de continuo se arrastra una pesada cruz.

En el extremo contrario del grupo anterior, pecan por exceso de responsabilidad; son personas hiperresponsables, es decir, que no pueden permitirse ningún fallo. Son perfeccionistas, y en ello ponen todo su empeño. Se consideran responsables de muchas más cosas de las que en realidad tendrían que hacerse cargo. Son estrechas de miras; intolerantes e intransigentes consigo mismas y con las demás. Tienen casi siempre mala conciencia. Llamam conciencia de pecado a lo que llanamente habría que llamar sentimiento de culpabilidad. En el fondo, la vida es para ellos una *reparación* interminable: tienen que estar haciendo méritos para no sentirse culpables.

Las personas que pertenecen a este grupo, tampoco pueden sostenerse durante mucho tiempo en esta situación, ya que su parte lúdica, luminosa, toda su inclinación al gozo y a la alegría de vivir, está reprimida, y más tarde o más temprano, de una u otra manera, terminará imponiéndose.

Son personas reprimidas, constreñidas, sin capacidad de gestos de ternura, comprensión y misericordia. La mitad de su vida está marginada e ignorada, y con el paso del tiempo, por no ser asumida, irá convirtiéndose en un monstruo terrible que supondrá una amenaza permanente.

Dios es para ellos el celoso guardián de una moral estricta, que premia a los buenos y castiga a los malos (¡y a los buenos si se despistan!). Este Dios nunca se satisface de méritos y acciones. Señala siempre con el dedo lo que hacemos mal. No nos permite reír, jugar, divertirnos, es decir, todo aquello que pertenece a la dimensión lúdica de la vida del ser humano. Como un policía, está al acecho de la mínima falta; es juez que condena, censor que prohíbe e inquisidor que suprime la vida. Por eso vivir así no sólo resulta muy duro, sino, incluso, insoportable.

En la vida de las personas pertenecientes a este grupo, tiene que producirse una crisis profunda, porque la dimensión lúdica, que no se puede eliminar, va exigiendo cada vez más derechos y va ganando más terreno, de tal suerte que la oscuridad va adueñándose irremediablemente de sus vidas. Y hasta es posible que su noche oscura pueda incluso ser una época de ateísmo; pero no hay que preocuparse, porque es un ateísmo liberador de ese Dios intransigente y juez.

Hay una sentencia teológica clásica que dice que *lo que no es asumido, no puede ser redimido*. Y la dimensión lúdica exige su derecho a ser tenida en cuenta, a ser asumida, a ser integrada en la opción fundamental que se ha tomado, la opción hecha por la vida benedictina.

Dichas personas necesitan destensarse, relajarse, reconciliarse con sus zonas oscuras, con su sombra, con su parte lúdica. Necesitan no tomarse tan en serio, dejar de creerse el ombligo del mundo, dejar de ser dios para sí mismas porque es su moral y no la de Dios quien marca las pautas de lo bueno y de lo malo. Necesitan, en definitiva, dejarse amar por el Dios Bueno, Clemente y Misericordioso, el que hace llover sobre justos y pecadores. Necesitan conocer al Padre del hijo pródigo, aquél que perdona hasta setenta veces siete, a ese Dios de los evangelios que nunca entendieron y que más bien les resultó siempre escandaloso.

Una vez que hemos visto estos dos tipos de personas, hay que añadir que resulta muy frecuente comprobar en la vida diaria, en nuestros monasterios, que conviven juntos en la misma persona tanto el principio del placer como el principio del dolor. Y como podéis suponer, esta realidad conduce con gran facilidad a llevar una vida dividida, cuando no, una doble vida.

Lo que suele ocurrir es que estas personas, movidas por lo que venimos llamando el principio del dolor, se ponen un techo demasiado alto, hasta excesivo; son metas para superhombres y supermujeres. Encima, para colmo, creen encontrar en el monasterio la horma de su zapato, suponiendo que en la vida monástica tienen que reprimir toda su dimensión lúdica.

Estas mismas personas, en este caso monjes, por el principio del placer, se sienten divididos, ya que para atender a las demandas de la parte lúdica tienen que hacerlo de una forma oculta. Por otra parte, como lo normal es que no puedan responder a las demandas porque la imagen que dan hacia afuera es la de ser monjes observantes, intachables e impecables, todo eso saldrá hacia afuera en forma de amargura, envidia, comparación, prepotencia, dominio, implacabilidad, intransigencia, intolerancia, falta de misericordia, etc.

Recordemos que venimos tratando el asunto de lo que debe ser purificado de la memoria enferma. Sin embargo, creo que es conveniente señalar que **la memoria, entendida como recuerdos del pasado** es, en sí misma, el gran problema. La memoria, como recuerdos, y la imaginación son las grandes enemigas de la espiritualidad. La primera mantiene al espíritu anclado en el pasado, y la segunda, pendiente del futuro. Pasado y futuro alejan la mente y el corazón del **aquí y el ahora**, del momento presente, de la escucha atenta y constante al Espíritu que se manifiesta en cada instante de nuestra vida.

Tan importante es esto que, si no acumulásemos experiencias en la memoria, del tipo que sean, caminaríamos **ligeros de equipaje**, abiertos y disponibles a la acción del Señor que, continuamente, hace nuevas todas las cosas. Es **la espiritualidad de la provisionalidad**, de los pobres,

de los que caminan con lo puesto, de los que se abandonan en manos de la Providencia divina. *Miren los pájaros del cielo: ellos no siembran ni cosechan, ni acumulan en graneros, y sin embargo, el Padre que está en el cielo los alimenta. ¿No valen ustedes acaso más que ellos? Quién de ustedes, por mucho que se inquiete, puede añadir un solo instante al tiempo de su vida? No se inquieten por el día de mañana; el mañana se inquietará por sí mismo. A cada día le basta su aflicción.* (Mt 6,26-27.34).

Por lo tanto, si la memoria no acumulara, entonces no tendríamos nada que sanar, porque, al no guardar experiencias, no habría prejuicios, ni juicios, ni comparaciones, ni proyecciones, ni identificaciones, ni miedos, etc.

Profundizaremos en esto más adelante, cuando hablemos de la atención. Ahora voy a contarles otro sabio apotegma de los padres y madres del desierto:

Dos monjes que habían salido de viaje, ya de regreso al monasterio encontraron, a la orilla de un río, a una prostituta que deseaba pasar al otro lado. Uno de ellos se la cargó a las espaldas, atravesó el río y se despidió de ella.

El otro monje no daba crédito a sus ojos. Escandalizado ante lo sucedido, no dejaba de reprochar, para sus adentros, la perniciosa acción de su hermano.

Llegados al monasterio fueron a ver al abad, tal como prescribía la *Regla*, y éste, solícito con los hermanos, les preguntó acerca del viaje.

El primer monje expuso, sencillamente, que todo había ido muy bien, pero el segundo, al tocarle su turno, narró el suceso de la prostituta, manifestando su indignación y reprobando la escandalosa conducta de su compañero.

Una vez que acabaron de hablar, dijo el abad al monje perturbado: “Tu hermano dejó a aquella mujer al borde del río, pero tú la has traído contigo hasta el monasterio”.

¿Les resulta familiar este cuento?

Antes de terminar con este apartado en el que hemos tratado sobre diversos aspectos de nuestra memoria enferma, podríamos plantearnos la siguiente cuestión: **¿de qué sirve hablar de todas estas cosas?**

A mí me parece que si solamente sirviese para que pudiésemos **poner nombre a lo que nos pasa**, ya sería suficiente y valdría la pena. Cuando ponemos nombre a las cosas, quiere decir que sabemos qué es lo que pasa, detectamos la herida que produce el dolor; éste es el primer paso para poder empezar a curar la herida. No olvidemos aquello de que *lo que*

no es asumido, no puede ser redimido.

Estamos llamados a ser monjes responsables y adultos, lo cual nada tiene que ver con el rigorismo ni con la rigidez. Si no, ¿dónde quedan la ternura, el amor, la generosidad, la amabilidad...los dones del Espíritu Santo? ¿Dónde queda el estilo de Jesús, un talante tan libre, tan humano, tan compasivo, tan comprensivo con todos, especialmente con los más pobres?

No olviden aquello de que *Él nos amó primero (1 Jn 4,19)*. Ésta es la experiencia que sobre todo debemos buscar: recrearnos en el amor de Dios, *porque en el amor no existe temor; el amor acabado echa fuera el temor (1 Jn 4,18)*.

Ésta es la fuente y el principio que debe movilizarnos: el amor incondicional del Padre, manifestado en la vida, pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

4. Camino del encuentro

Hasta ahora hemos visto varios aspectos de la memoria que necesitaban ser sanados; otros muchos no se han tratado por falta de tiempo, pero al menos vamos a mencionarlos: los deseos, las pretensiones, los complejos, las compulsiones, etc.

Puede dar la impresión de que el cuadro presentado es demasiado negro, que apenas se ha tenido en cuenta la visión más luminosa presentada cuando hablamos de la antropología cisterciense, que nos daba una imagen muy positiva de la visión del ser humano, que tuvieron nuestros primeros padres.

A lo mejor, están un poco aturridos al ver que nos hemos recreado excesivamente en aspectos puramente psicológicos y humanos, olvidándonos de la Gracia de Dios y de la intención que tuvo desde el comienzo de los tiempos cuando dispuso crearnos en Cristo Jesús.

Es cierto que, exceptuando el comienzo, nos hemos detenido en la realidad del ser humano, en la realidad concreta de nuestra vida tal como es, en el barro que oculta la moneda (según la imagen utilizada al principio del retiro), es decir, en todo aquello que hay que purificar. Y hemos puesto el acento en ello, porque el tema que nos ocupa e interesa es el de la purificación y sanación, para lo cual, lo más urgente, es averiguar y conocer todo aquello que necesita de curación y purificación.

No olvidemos que precisamente ésta es la pasión del monje: conocer las pasiones del alma, fundamentalmente, las pasiones de su propia alma. Los padres y las madres del desierto nos enseñan una "espiritualidad desde abajo". Ellos nos indican que debemos comenzar por no-

sotros mismos y nuestras pasiones. El camino de Dios, según ellos, está siempre basado en el propio conocimiento. Evagrio Póntico lo formula así: *¿Quieres conocer a Dios? Aprende antes a conocerte a ti mismo*. Sin este conocimiento, estamos siempre en peligro de que nuestra idea de Dios sea una pura proyección de nosotros mismos. Poimén, un experimentado padre antiguo, explica a un gran teólogo la “espiritualidad desde abajo”:

El famoso teólogo viene a hablar con el anciano sobre la vida espiritual, sobre las cosas del cielo, sobre el Dios uno y trino. Poimén lo escucha sin responder nada.

Decepcionado, el teólogo se disponía ya a abandonar al monje, cuando un acompañante suyo se acerca a Poimén y le dice: “Padre, este gran hombre, que en su entorno tiene tanto prestigio, viene precisamente por usted. ¿Por qué no le ha hablado?”.

El anciano le respondió: “Él está en las alturas y habla de cosas celestiales; yo, en cambio, pertenezco a los de abajo y trato de cosas terrenas. Si él hubiera hablado de las pasiones del alma, yo le habría contestado muy gustosamente. Pero como habla de cosas espirituales, yo de eso no entiendo”.

El encuentro de este teólogo con Poimén termina con estas palabras de un discípulo de Poimén al visitante decepcionado:

“El anciano no habla fácilmente de la Sagrada Escritura, pero, si alguno trata con él de las pasiones del alma, él le responde”.

El teólogo recapacitó, volvió a él y le dijo: “¿Qué tengo que hacer cuando se hacen más fuertes en mí las pasiones del alma?”.

Entonces el anciano lo miró cariñosamente y le dijo: “Ahora es cuando has venido acertadamente. Abre tu boca, y yo la llenaré con cosas buenas”.

El teólogo tenía gran necesidad de esto y exclamó: “Ciertamente éste es el verdadero camino”. Y regresó a su tierra dando gracias a Dios, por haber podido encontrarse personalmente con el santo.

Hablando de las pasiones del alma, su conversación se hizo sincera; los dos se tocaron mutuamente el corazón y, juntos, tocaron también el corazón de Dios, que se les hizo sentir presentándose como la meta de su camino.

Por lo tanto, hasta ahora hemos hablado de **la verdad** del ser humano: “somos hijos de Dios”, creados a imagen y semejanza del Hijo desde el principio de la creación; y nos hemos extendido sobre todo hablando de **la realidad** del ser humano: “tenemos una memoria enfer-

ma, necesitada de sanación”, y hemos hecho un amplio recorrido por aspectos enfermos de nuestra memoria herida.

Pero no vamos a quedarnos solamente en esto, sino que vamos a dar un tercer paso adelante: intentaremos hablar, a partir de ahora y hasta el final del curso, del **camino** que nos conduce del país de la desemejanza a la tierra de la semejanza, del **camino que nos lleva desde nuestra realidad hasta nuestra verdad**, del *des-encuentro* al encuentro. O dicho con las palabras de la *RB*: *Escucha, hijo, estos preceptos de un maestro, aguza el oído de tu corazón, acoge con gusto esta exhortación de un padre entrañable y ponla en práctica, para que por tu obediencia retournes a Dios, del que te habías alejado por tu indolente desobediencia (Pról. 1-2).*

Tanto la *RB*, los documentos primitivos de nuestra Orden, como las actuales *Constituciones*, nos ofrecen un camino, unos instrumentos, unos medios para llevar a cabo esta sanación de la memoria. Recordemos nuevamente lo que dice el prólogo de la *RB*: *Ciñéndonos, pues, nuestra cintura con la fe y la observancia las buenas obras, sigamos por sus caminos, llevando como guía el Evangelio, para que merezcamos ver a Aquél que nos llamó a su Reino (Pról. 21).*

Diversos, ricos y variados son los instrumentos de las buenas obras y las observancias cistercienses. Detenernos en cada uno de ellos sería una tarea ingente e interminable. Por eso, en los días que nos quedan vamos a centrarnos solamente en uno de ellos: **la vida en común**.

Pero antes de comenzar a hablar de este valor para ver cómo puede ayudarnos en la sanación de la memoria, me gustaría recordar lo que es esencial para nosotros, monjes y monjas benedictinos: que hemos venido al monasterio fascinados por el Absoluto, buscando sinceramente a Dios, con el deseo de no anteponer nada al amor de Cristo.

Dicho de otra manera: hemos venido al monasterio a sanar nuestra memoria, a purificarla de una mentalidad vieja y caduca, con el deseo de que, en todo momento, nuestra memoria sea *memoria Dei*. En esto consiste la *memoria Dei*: en purificar nuestra memoria de la mentalidad del *mundo*, en el sentido joánico del término, para dejarnos poseer por una mentalidad evangélica.

Memoria Dei que va mucho más allá de un simple recordar y pensar en Dios: es tener un corazón puro, tener el mismo sentir, pensar y actuar de Cristo Jesús. Recordemos lo que decía Casiano: la pureza de corazón es lo mismo que la caridad perfecta.

5. La vida en común: las relaciones comunitarias

Se preguntarán cómo un asunto tan relevante como el de las rela-

ciones fraternas, en un marco monástico cenobita como es el benedictino y cisterciense, lo hemos dejado para el final. La primera razón podría ser que muchas veces lo mejor se deja para el final. Pero, no es éste el único motivo ni el principal. La razón es que nuestra vida cenobítica la desarrollamos en un contexto de soledad, silencio y oración, lo cual quiere decir que si echamos bien los cimientos vamos a tener alfombrado el camino que nos conduzca a unas buenas relaciones fraternas.

No sé si en alguna ocasión han escuchado que la vida comunitaria es una cruz, o que los demás son un infierno para uno mismo. Dicho así parece una aberración, pero debemos reconocer que, cuando nos empeñamos en vivir una vida comunitaria sin haber saneado previamente la memoria con el silencio y la oración, dejándonos guiar por un anciano experimentado, no nos parece tan errado, porque la vida comunitaria se puede hacer insoportable.

Y esto, ¿por qué? Porque en las relaciones fraternas sale de todo: emerge lo mejor de nosotros, pero también lo peor. A través de las relaciones comunitarias se pone en evidencia la veracidad o la falsedad de nuestra vocación benedictina.

Resulta muy difícil, cuando no engañoso, saber si un hermano busca sinceramente a Dios por el mero hecho de que comunique que tiene éxtasis o que conoce a Dios, o porque sea muy observante. La clave de discernimiento para ver si una hermana busca sinceramente a Dios, para ver la autenticidad de su vocación, si no el único, va a ser su capacidad para crear una vida fraterna evangélica.

La vida fraterna monástica es un regalo del Señor, un milagro que sólo es posible cuando somos capaces de mirar a los hermanos con *el corazón mismo de Dios*. Cuando un candidato acude al monasterio suele ocurrir, es lo normal, que venga con una idea muy personal de lo que es una comunidad. Idealiza la comunidad esperando de ella algo que, en breve tiempo, se dará cuenta que no le puede ofrecer. La comunidad que viene buscando no es la comunidad querida por Jesús, porque la comunidad que Jesús convoca y reúne no es una comunidad de ángeles, sino una comunidad real y concreta de pecadores perdonados. Por lo tanto, para que sea comunidad de Jesús ha de ser comunidad de personas necesitadas de sanación, para lo cual debe padecer la decepción de sí misma, es decir, dejar de apoyarse en sus propios proyectos, en sus propios caminos y en sus propias fuerzas.

Cada uno de ustedes estará de acuerdo conmigo en que no hemos elegido a los hermanos, sino que ha sido Jesús quien ha hecho la elección: Él nos ha convocado y reunido. Jesús es el médico y nosotros estamos enfermos y necesitados de curación. No se olviden de que continuamos hablando sobre la purificación de la memoria. No sé si recuerdan que, entre otros

muchos atributos, la *RB* considera al abad, a la abadesa, como médico, lo cual supone que en el monasterio hay enfermos. Recuerdo un monasterio de USA al que le gustaba utilizar esta imagen, comparando el monasterio con un sanatorio. Los que acuden al monasterio vienen buscando a Dios, pero entre las motivaciones que los mueven a entrar, aunque conscientemente no lo formulen así, está el deseo de ver sanadas sus heridas.

Curiosamente, en el monasterio la herida se abre más, se hace aún mayor, y uno no encuentra la sanación deseada, al menos de la manera que había imaginado: *los planes de Dios no son nuestros planes, ni sus caminos son los nuestros* (Is 55, 8). Es más, para mi sorpresa y desilusión, los hermanos están también enfermos. Además, voy descubriendo que Dios, al que creía todopoderoso, no tiene recetas mágicas para curar: sana de otra manera radicalmente distinta de lo que hubiera pensado.

Todo ello conduce a una doble decepción: por una parte, la imagen de Dios como poderoso taumaturgo, se desmorona haciéndose añicos; y, por la otra, la comunidad, que no responde a mi idealización y que tampoco actúa según las expectativas que de ella me había forjado. La comunidad maravillosa de la primera hora, de repente, se convierte en una comunidad pecadora, cuyos miembros puedo llegar a considerar incluso peores que yo mismo.

De esta manera, se va produciendo un lento y doloroso proceso de conversión personal en cuatro fases, en las que se va aprendiendo humildad, misericordia y confianza en Dios: la primera estaría marcada por el deseo inicial: **“vengo a ser una santa”**; la segunda, al decepcionarse de las hermanas, se formularía como una pretensión: **“debo convertirlas”**; la tercera, al revelarse la herida propia, se plantea la cuestión: **“¿qué tengo que hacer para sanarme?”**; y, la cuarta y última, al comprobar que posiblemente la herida siempre me acompañará, se cambia por la pregunta: **“¿cómo he de vivir con mi limitación y mi herida?”**.

No se trata de hacer desaparecer la herida —que, por supuesto, sería lo más cómodo, pero no lo más amoroso; serían nuestros planes, pero no los caminos del Señor—, sino de aprender a amar, que es: aceptar, respetar, tener paciencia, tolerancia, misericordia, portarse bien consigo mismo, reírse de sí mismo, etc.

Y esto sólo es posible cuando Dios nos visita, cuando se hace presente poniendo orden en medio de tanto caos, haciendo silencio en los innumerables ruidos, purificando la memoria y ofreciéndonos su paz.

De repente y sin saber cómo, nos descubrimos contemplándolo todo con el corazón de Dios, con misericordia, benevolencia y compasión. Misericordia con uno mismo. Se ha producido el milagro de la reconciliación consigo mismo, con la propia historia configurada de luces y sombras. Las zonas oscuras han sido iluminadas por la Buena Nueva de Jesús, que

como Buen Samaritano nos ha ungido con el óleo de la reconciliación.

¿Que ungiendo es éste? Simple y llanamente es el óleo del amor misericordioso. Hemos puesto amor en nuestras heridas, en nuestra memoria enferma. Todo lo que, consciente o inconscientemente, negábamos o rechazábamos es ahora aceptado, lo asumimos amorosamente como parte de nuestra historia. He aquí la palabra mágica: **aceptación**. La aceptación ha producido el milagro de la reconciliación. Por la aceptación ha quedado integrado lo negativo de nuestra vida.

Purificar la memoria no es eliminar lo que no nos gusta, no es limpiarlo con lejía de lavadero, sino que es integrarlo porque ha sido aceptado. *Sólo lo que es asumido, puede ser redimido*. Se ha producido la transformación deseada porque ahora vemos todo con afecto y amor, incluso lo no amable. Somos capaces incluso hasta de reírnos de nosotros mismos. ¿Qué poca importancia tiene todo lo que nos hacía sufrir tanto, cuando el Amor de Dios es lo único esencial! Recuperamos el sentido del humor, y dejamos de hacernos un problema de lo que hasta el momento considerábamos un problema. Somos capaces de relativizar, es decir, de resituar las cosas en su lugar, en torno a lo único importante: que somos hijos amados de Dios. La paz de Dios adviene cuando todo lo ponemos en referencia a lo único verdaderamente absoluto.

Las actitudes que provoca la sanación de la memoria son la humildad y el agradecimiento. Uno es plenamente consciente de que sólo la gracia del Señor ha podido realizar semejante milagro. Si su gracia no está, entonces volvemos a experimentar los síntomas de la enfermedad. Por eso las actitudes del pecador perdonado son la humildad y el agradecimiento.

Si nunca hemos experimentado la visita sanadora del Señor, es posible que nos cueste comprender la transformación que se ha producido, la aceptación, puesto que según nuestro entendimiento lo que tendría que haber ocurrido es la eliminación de todas las heridas que hacían impura la memoria. Quizás con la siguiente historia podamos acercarnos más familiarmente a la comprensión de la aceptación:

Durante años fui un neurótico. Era un ser angustiado, deprimido y egoísta. Y todo el mundo insistía en decirme que cambiara. Y no dejaban de recordarme lo neurótico que yo era.

Y yo me ofendía, aunque estaba de acuerdo con ellos, y deseaba cambiar, pero no acababa de conseguirlo por mucho que lo intentara.

Lo peor era que mi mejor amigo tampoco dejaba de recordarme lo neurótico que yo estaba. Y también insistía en la necesidad de que yo cambiara.

Y también con él estaba de acuerdo, y no podía sentir-

me ofendido con él. De manera que me sentía impotente y como atrapado.

Pero un día me dijo: “No cambies. Sigue siendo tal como eres. En realidad no importa que cambies o dejes de cambiar. Yo te quiero tal como eres y no puedo dejar de quererte”.

Aquellas palabras sonaron en mis oídos como música: “No cambies. No cambies. No cambies... Te quiero...”.

Entonces me tranquilicé. Y me sentí vivo. Y, ¡oh maravilla!, cambié.

Ahora sé que en realidad no podía cambiar hasta encontrar a alguien que me quisiera prescindiendo de que cambiara o dejara de cambiar. ¿Es así como tú me quieres, Dios mío?

Los invito a que lleven esto a la meditación, a que lo *rumien*, a que en estos días tengan muy presente la siguiente oración anónima:

Señor, dame serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar; el valor para cambiar las cosas que sí puedo cambiar; y la sabiduría para distinguir la diferencia.

Normalmente la persona que se introduce en este camino (no olvidemos que guiada por el Espíritu del Señor), tendrá que ser siempre una persona vigilante y nunca podrá dejar de beber del manantial de donde brotan las aguas de la vida.

La purificación de la memoria nunca está acabada; tenemos toda la vida para sanarla más y más. Además ni siquiera es la purificación de la memoria nuestra meta última, sino Dios mismo, que por ser el Trascendente está siempre más allá de sus consuelos y gracias. Dios es Amor, y el amor no tiene meta, porque como dice S. Bernardo *la medida del amor es amar sin medida*, y gracias a Dios eso no acaba nunca. Por eso el descanso definitivo sólo lo conoceremos en la otra vida; incluso ahí será un reposo en movimiento, como amar. Amar, el amor es nuestro único descanso, y el amor no descansa: *mi Padre, hasta el presente, sigue trabajando y yo también trabajo (Jn 5,17) No permitirá que resbale tu pie, tu guardián no duerme; no duerme ni reposa el guardián de Israel (Sal 120,3-4)*.

Recalco esto porque en este sentido siempre uno puede escudarse en argumentos y excusas para no trabajar y no obedecer. La llamada a la santidad es un trabajo personal que no debe depender de si el resto es o no es santo; ni siquiera debe depender de los guías espirituales. Con lo dicho, aprovecho para decir que en la vida comunitaria hasta lo que puede aparecer como negativo puede ser motivo de formación. ¿Por qué? Porque un monje si no aprende en el monasterio a ser autónomo, a afianzarse sobre la única roca que es Cristo, a reconocer que quien nos convoca,

reúne y transforma es únicamente el Señor, nunca conocerá lo que es la misericordia y el perdón. Porque no somos ni santos ni perfectos, nos encontramos en disposición de participar de la sabiduría de Cristo pobre y crucificado. ¡Ojalá vayamos adquiriendo de memoria la sabiduría de Cristo, y a éste pobre y crucificado!

Tres son los elementos que, desde la primera tradición monástica, se consideraban esenciales para recorrer con éxito el camino monástico: **la oración, la conversión personal y el anciano espiritual**. Y, por favor, no nos engañemos: no se trata de la conversión del prójimo sino de mi propia conversión.

En la vida de los padres y madres del desierto se cuenta una anécdota muy curiosa, que es muy actual y puede resultar esclarecedora:

Un monje que siempre tenía problemas con los hermanos, pide a su abad irse a vivir solo. El abad le dijo que no era ése el remedio, pero insistió tanto, que lo dejó ir.

Cuando llegó a la ermita, allá lejos, encontró la puerta cerrada, intentó abrirla de muchas maneras y, como no podía, empezó a las patadas con la puerta, se enfadó, tiró la puerta... y cayó en la cuenta de que estaba solo, de que no había allí ningún hermano.

Voy a contar otra historia para que se entienda mejor lo que trato de explicarles y para no ponernos tan serios:

En cierta ocasión escuché a un viejo, razonable, bueno, perfecto y santo hermano decir:

“Si oyes la llamada del Espíritu, escúchala y trata de ser santo con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas.

Pero si, por humana debilidad, no consigues ser santo, procura entonces ser perfecto con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas.

Si, a pesar de todo, no consigues ser perfecto, por culpa de la vanidad de tu vida, intenta entonces ser bueno con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas.

Si, con todo, no consigues ser bueno, debido a las insidias del Maligno, trata entonces de ser razonable con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas.

Si, al final, no consigues ser santo, ni perfecto, ni bueno, ni razonable, a causa del peso de tus pecados, procura entonces llevar esta carga delante de Dios y entrega tu vida a la divina misericordia.

Si haces esto sin amargura, con toda humildad y con jovialidad de espíritu, movido por la ternura de Dios, que ama a

los ingratos y a los malos, entonces comenzarás a sentir qué es ser razonable, aprenderás en qué consiste ser bueno, lentamente aspirarás a ser perfecto y, por fin, suspirarás por ser santo.

Si haces esto día a día, con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas, entonces, hermano, te aseguro que estarás en el camino de la comunión verdadera y no te hallarás lejos Reino de Dios.

Uno descubre que el poder de Dios Todopoderoso no es el poder de la magia, sino el poder del amor. Dios me ama incondicionalmente y, gracias a su amor, aprendo a amarme a mí mismo incondicionalmente. ¡Es curioso!, necesito todo el amor infinito e incondicional de Dios para poder amarme yo a mí mismo. ¡Ojalá se nos grabase de una vez por todas que la perfección de Dios y, por lo tanto nuestra perfección, no es la impecabilidad sino la misericordia!

Pues bien, una vez resaltado esto, volvamos a las relaciones fraternas. En las reacciones personales ocurre el mismo proceso: cuando entro en la dinámica del amor, entonces dejo de aspirar a una impecabilidad comunitaria, y empiezo a comprender que los vínculos que Jesús quiere en su comunidad son los de la tolerancia, la aceptación y la misericordia. Desde aquí y sólo desde aquí, se construye la fraternidad reunida en el nombre del Señor. Ya no es “mi fraternidad” que es una fraternidad de personas perfectas (Dios nos libre de las personas perfectas, porque seguramente serán personas cerradas a la gracia de Dios), sino la comunidad de Jesús, que es una fraternidad de perdón y misericordia.

Por otra parte, cuando uno es introducido en esta dinámica, comienza a ser especialmente sensible al Evangelio: Jesús ha venido a llamar a los pecadores, a sanar a los enfermos, etc. Comienza a resonar con fuerza que el monasterio es una *escuela de caridad* en la que unos dependemos de los otros: nadie es imprescindible, pero todos somos necesarios.

En la *escuela de la caridad* todos somos discípulos. El asunto que nos ocupa es la asignatura del amor; amor a nosotros mismos, y el amor a los hermanos. Si, a primera vista, puede parecer que primero es el amor a uno mismo y después a los demás, la verdad es que no es así, puesto que ambos caminan a la par y se retroalimentan mutuamente. Tanto la soledad como la vida comunitaria son elementos esenciales de esta *escuela de la caridad*. No sólo aprendo a conocerme y a amarme a mí mismo en la soledad, sino también, o quizás más en las relaciones. ¡Qué agradecido debo estar a que los demás hagan de espejos, que me saquen los demonios, que provoquen el hacerme consciente de mi torpeza en relacionarme!

Imaginemos el caos absoluto que puede llegar a ser una comunidad de hermanos, todos con sus heridas, con la memoria enferma, puestos

a convivir juntos sin estar reunidos por Jesús. Aunque, seguramente, en un principio “todo el mundo sería bueno”, a la larga acabarían despellejándose unos a otros. Por eso la fraternidad se construye desde la unión íntima y personal de cada uno de los hermanos con Cristo, que va realizando su obra sanadora en cada hermano, y cuyo fruto es la comunión de vida.

Fijémonos en un detalle importante: a medida que transcurren los años, se va adquiriendo una mayor capacidad de asombro con respecto a la vida comunitaria, llegando a sentir que es el gran milagro con el que Dios nos bendice, porque si de nosotros dependiera, hace ya mucho tiempo que esto se habría terminado: ¿por qué habría de aguantar a fulanito?, ¿por qué soportar los defectos físicos y morales de los hermanos?, ¿a cuento de qué convivir para siempre con personas que no he elegido?

Realmente es un milagro de Dios, y cuando uno comienza a percibirlo así y se asombra de ello, podemos estar seguros de que por fin hemos descubierto el rostro transfigurado de Jesús en las hermanas, en la comunidad reunida por Él, alimentada por Él, que solamente puede subsistir gracias a Él. Comunidad de pecadores perdonados, en proceso de conversión, cuyo vínculo es la humildad y la misericordia.

Sabemos muy bien que estamos convocados gratuitamente por Jesús, y no para buscar a través del grupo la propia realización personal, o la simple conformidad social, sino para profundizar y vivir los valores evangélicos del Reino. Ocurre a menudo que los valores están presentes y son aceptados de palabra, pero falsas expectativas o maneras erróneas de concebir la vida en común o de situarnos ante la vida, constituyen con frecuencia un serio obstáculo para poder vivirlos concretamente. Por ello vamos a hablar de los mitos comunitarios, de la actitud existencial básica, de las cuatro etapas del proceso monástico y de algunas estrategias para facilitar la comunicación:

5.1. *Las cuatro etapas del proceso monástico*

En el proceso de nuestra vida monástica nos podemos encontrar con diversas etapas muy bien diferenciadas, que se corresponden con las etapas propias del ciclo vital de los seres humanos. De esta manera, la primera etapa de la **dependencia** estaría en paralelo con la niñez; la segunda, que denominaremos de la **antidependencia**, se correspondería con la adolescencia; la tercera, llamada de la **independencia**, coincidiría con la juventud; y la cuarta y última etapa, la de la **interdependencia**, se ajustaría a la edad adulta.

Existe un refrán, proclamado por los monjes ancianos que, más o menos, dice así: *los novicios parecen santos, pero no lo son; los de la edad*

mediana ni parecen santos ni lo son; y los mayores no lo parecen, pero lo son.

Ahora vamos a pasar a describir, una por una, cada una de las cuatro etapas para, a continuación, aterrizar en la situación real y actual de esta comunidad, tal como en estos días la he podido percibir.

Antes de pasar adelante, me gustaría señalar, en primer lugar, que lo que se va a decir a continuación es solamente una aproximación. En segundo lugar, que estas etapas forman parte del proceso y, como tales, no se pueden soslayar si lo que verdaderamente queremos es convertirnos en monjes adultos. Es necesario vivir en cada etapa lo propio de dicha etapa, si bien, con una apertura y acompañamiento hacia la siguiente. Es también importante aprender a hacer una lectura espiritual del proceso, para entender que es así como funciona la pedagogía de Dios y, de esta manera, descubrir su paso a través de las diversas fases, comprendiendo la propia historia como *historia de salvación*.

5.1.1. Dependencia

Es la niñez de la vida monástica, y se correspondería con el postulante y el noviciado. La llamamos de dependencia porque la actitud global de la persona es la de la sumisión. Pero no lo veamos en un sentido peyorativo sino más bien al contrario, ya que dicha actitud está revelando la decisión consciente, voluntaria y sincera de *poner toda la carne en el asador* y de no guardarse nada para sí.

Es cierto que existen motivaciones inconscientes para adoptar esta actitud —como por ejemplo: las necesidades de integración y pertenencia grupal, de sentirse acogido y valorado, y el deseo de identificarse con el ideal, creyendo que lo tenebroso ha de ser eliminado porque en la propia vida todo debe ser luminoso—, que lógicamente serán objeto de purificación a lo largo de todo el proceso, pero que por el momento no está en nuestra mano ver ni afrontar.

La imagen de Dios se ajusta perfectamente al momento psicológico que se vive, de tal manera que se manifiesta como el Omnipotente, el cual responde absolutamente a todos nuestros deseos. Es así como *el deseo de omnipotencia infantil* del que habla Freud, propio de la persona que aún no ha conquistado su estado adulto, campea por sus fueros en esta primera etapa del itinerario espiritual. Tampoco se debe ver este aspecto peyorativamente, sino como parte integrante, necesaria y transitoria del todo el proceso global de personalización.

Vamos a señalar las características más importantes que definen esta primera etapa de la vida monástica:

A) Se vive una fase de **idealización** muy semejante a un **enamoramiento**, que por su misma definición es transitoria. Se está cargado de tanta fuerza y energía que la propia autoimagen y la imagen de la comunidad son inmejorables.

B) En íntima relación con lo anterior, y aunque en muchos casos no se sea consciente, da la sensación de **encontrarse en una nube**, como envuelto entre algodones, lo cual produce una visión positiva de todo lo que le rodea, algo así como un percibirlo todo a través de un velo autoprotector y positivizador.

C) Toda esta situación genera la convicción de **estar ya en el lado luminoso** de la vida, en la que las tinieblas han desaparecido y hay ausencia de problemas y preocupaciones.

D) Y como consecuencia **el camino se hace ligero y fácil**, porque incluso las dificultades son franqueables debido a la fuerza experimentada.

La formación en esta etapa debe estar orientada, por una parte, a afianzarse en ella y, por otra, a dar un impulso hacia adelante intentando provocar el paso a la siguiente etapa.

5.1.2. *Antidependencia*

Coincide con la adolescencia monástica y se corresponde con los años de los votos temporales. Pasada la fase de la sumisión, viene la etapa de la rebeldía, en la cual, de una manera casi sistemática, la persona se coloca en una posición de oposición. Así como la etapa anterior estaba dominada por un **sí incondicional** a todo, por contraposición, en ésta sobresale un **no sistemático** a todo.

La idealización, **todo el mundo es bueno**, ha ido dejando paso al propio descubrimiento de la realidad y ahora se impone la decepción que, por contraste, genera un cambio radical en la percepción, mediante la cual **todo el mundo es malo**. No cabe duda de que ambas percepciones son parciales y fragmentarias y, como tales, no abarcan honestamente la realidad.

Este cambio tan radical es perfectamente lógico puesto que la persona se siente engañada, aunque nadie le haya mentado, cuando lo cierto es que ha sido víctima de una visión ilusoria de la realidad, producto de su percepción fragmentada. Es lo propio de cualquier idealización, aquello de que cuanto más alto colocamos un objeto, a una persona o a una institución, más riesgo corremos de que el tortazo sea mayor.

Y una vez más se comprueba el sabio refrán que dice que *los extremos se tocan*, es decir, que la sumisión y la rebeldía son *las dos caras de la*

misma moneda, manifestadas con distinta polaridad, pero ambas atadas al mismo objeto.

La imagen de Dios que caracteriza esta etapa, la podríamos sintetizar con aquella queja del profeta Jeremías: *te me has vuelto arroyo engañoso de aguas inconstantes*. Dios va dejando de ser el garante absoluto del *deseo de omnipotencia infantil*, con lo cual se producen actitudes religiosas encontradas: una, que se atribuye la responsabilidad a sí mismo, generando sentimientos de culpabilidad e infidelidad; y la otra, que atribuye la responsabilidad a Dios, que bien calla o se ausenta, o bien es un timador imperdonable.

Como hemos señalado ya más arriba, esta etapa está suponiendo un paso adelante, puesto que supone el inicio de un sentido crítico en el que el sujeto comienza a ser el protagonista de sus descubrimientos, aunque éstos sean realizados desde una actitud reactiva y, por lo tanto, condicionada y no libre.

Vamos a subrayar las características más destacadas que se traslucen en esta segunda fase del proceso de maduración monástica:

- A) **Se pierde el sentimiento de enamoramiento.** Las cosas no son ya ideales e incluso se llega a pensar que uno estaba como borracho. Es difícil evitar el sentirse timado.
- B) Hacia el exterior, el objetivo apunta ahora hacia lo negativo, y uno empieza a **fijarse en los defectos** que antes *no existían*.
- C) Hacia el interior, se va tomando **contacto con la propia realidad**. Normalmente es muy frecuente encontrar *la proyección* como mecanismo de defensa ante el descubrimiento de todo aquello que no me gusta.
- D) **Reaparecen los problemas de siempre**, que en la etapa anterior se daban por solucionados. La dificultad para admitirlo se resuelve mediante los mecanismos de defensa, entre los cuales los más frecuentes son los de *la negación, la justificación y la proyección*.
- E) De todo lo anterior es fácil extraer que ha desaparecido la fluidez del camino emprendido, señalada en la primera etapa, dejando paso a **un trabajoso seguir caminando**.
- F) **Hacen su aparición con violencia las pulsiones más físicas** como la gula y la lujuria.

Al igual que en la fase de la dependencia, los formadores tienen en ésta un papel substancial. Deben verla y comprenderla como una etapa necesaria e insoslayable en el proceso de crecimiento, intentando hacer una lectura del bello proceso que se está operando y ayudando a rescatar lo que es válido de las diversas etapas. Por otra parte, tienen que empujar

siempre hacia adelante, provocando el tránsito hacia la fase siguiente, tratando de evitar a cualquier precio el peligro de una regresión, de una vuelta atrás, bajo pretexto de infidelidad o abandono del amor primero.

5.1.3. *Independencia*

Su paralelo con las fases del ciclo vital es la juventud adulta que, en la edad monástica, se corresponde con los primeros 10 a 12 años de los profesos solemnes jóvenes. Con respecto a las etapas precedentes se produce un cambio substancial, puesto que emerge en la persona una visión de sí misma, de la realidad y de Dios más creativa y propia, esta vez no dependiente ni reactiva, no sumisa ni rebelde, sino fruto de una elaboración personal, de primera mano. Aparece la persona con sus propios criterios, evidenciándose las primicias de este largo y arduo proceso de personalización.

En esta etapa surge la necesidad y el deseo de abrirse paso, de autoafirmarse, de ofrecer una aportación creativa, de decir una palabra nueva y distinta, la propia. Es la fase del cuestionamiento, motivado por la experiencia de la sanación y por una búsqueda de autenticidad, una vez que ha sido purificada de muchos de los lastres de la memoria autobiográfica. Es la etapa de la libertad por encima de cualquier otro valor.

La imagen de Dios con la cual se relaciona la persona en esta fase, es la de un Dios que se presenta más humano que los mismos seres humanos: liberador y carismático, apostando siempre por la emancipación de las ataduras, del anquilosamiento institucional, por la realización integral de la persona al precio que sea. En esta etapa, prima la inmanencia de Dios sobre su trascendencia, en consonancia con las pretensiones que la caracterizan.

Según lo dicho, pasemos ahora a señalar las características más significativas de esta etapa de la independencia:

A) **Liberación de todos aquellos impedimentos** que obstaculizan la autorrealización personal: tabúes, sentimientos de culpa, miedos, etc.

B) **Emersión del proyecto personal**, necesidad de hacer el propio camino, que es único e irrepetible. *Caminante, no hay camino, se hace camino al andar*. Pretensión que supone novedad, creatividad e inventiva, y que asume el lanzarse a una aventura desconocida con muchas dificultades y con el riesgo a equivocarse.

C) **Cuestionamiento de los votos religiosos**, que se perciben como enemigos del camino emprendido a la conquista de la autorrealización. Cada uno de los votos será cuestionado en su misma raíz:

- **Pobreza**. La pobreza se percibe como enemiga del deseo

de “ser alguien”, y por lo tanto castradora de la autorrealización. Esta pretensión de “ser alguien” se manifiesta en diferentes modalidades, tales como: afán de poseer conocimientos y ambición de poder, que conduce a la competitividad y querer ocupar los primeros puestos.

- **Obediencia.** La obediencia se percibe como enemiga del derecho de autodeterminación y de autonomía. La pretensión de ser el/la constructor/a de la propia vida es lo más importante, a costa de lo que sea.

- **Castidad.** La castidad se percibe como enemiga del derecho a compartir la propia intimidad y a tener un proyecto de pareja. La continencia sexual y el celibato por el Reino quedan desposeídos de sentido, y su vigencia institucional se interpreta como un mantenimiento consciente e interesado del tabú sexual para tener domesticados a los religiosos mediante la represión.

La formación, orientación y acompañamiento de esta etapa debería tener presente las mismas pautas señaladas más arriba al hablar de la fase previa.

5.1.4. *Interdependencia*

Es la cuarta y última de las etapas de este itinerario monástico. Esta edad adulta, comienza a plasmarse tras varios años de profesión solemne. Uno llega a estar en posesión de una gran libertad interior matizada por las experiencias de la misericordia y la humildad.

El amor vuelve a ser lo fundamental en la vida, integrando en sí todas las conquistas adquiridas a lo largo del proceso vivido. Esta convicción vital, redescubre a la comunidad de una manera totalmente nueva, puesto que la fraternidad, entendida vitalmente hasta entonces como una mediación para la propia santificación, es ahora considerada como elemento sustancial del camino emprendido. *Ser uno mismo* es comprendido en esta fase como *ser con y para los demás*.

No hago el camino solo sino acompañado, y por eso el fin se torna distinto: no se trata de llegar a ninguna parte, ni de conseguir ciertos objetivos propuestos, ni de lograr la perfección, sino de caminar fraternalmente juntos, con los vínculos de la humildad y la misericordia, a un ritmo que no genere ni avanzados ni rezagados. El término compartir adquiere todo su significado: *lo mío es de todos, y lo de todos es mío*.

La imagen que se desvela de Dios en esta etapa, es la del Dios de

la comunión, de la misericordia y de la solidaridad. Dios es el Padre de Jesús, que siente más alegría por un solo pecador que se convierte que por el resto de los justos. Es el Dios que no sabe hacer otra cosa sino amar, que no lleva cuentas del mal y que perdona siempre. Es el Dios que manifiesta su gloria en el rostro desfigurado de sus hijos.

Las características de esta etapa, más o menos señaladas en lo anteriormente expuesto, las recogemos ahora todos juntos:

A) **Retorno al amor primero.** Lógicamente, es un amor con un calado y una madurez desconocidos hasta este momento. Es cierto que tiene el entusiasmo del principio, pero con una fortaleza y una sabiduría que han sido forjadas en el proceso, fruto de una experiencia, elaboración y posterior integración de todo lo que se ha ido conociendo y viviendo. Empieza a intuirse que *el fin del amor, es el amor mismo.*

B) **Descubrimiento del amor de comunión como camino de autorrealización.** La autorrealización ha sido la asignatura primordial de la fase precedente. Una realización personal basada en la búsqueda del propio camino, de la libertad personal y de la autonomía. Pero, poco a poco, se ha ido gestando una comprensión vital de la autorrealización con una dirección distinta: sólo realiza el amor. Solamente quien busca la comunión por encima de todo, será una persona lograda, cabal, e indirectamente recibirá todo aquello que anhelaba para autorrealizarse. Se renuncia a la autonomía conquistada en favor de un bien mayor: la interdependencia.

C) **Recuperación del sentido de los votos religiosos.** Tras este giro radical de la existencia en la que se adquiere una nueva óptica, los votos religiosos reaparecen llenos de sentido. Se vuelven a ver como elementos esenciales de la opción fundamental tomada. Ya no se pone el acento tanto en la renuncia, cuanto en el bien mayor descubierto.

La comunión no tiene fin, se crea y reinventa cada día, y está sometida a la dinámica del asombro continuo. Por lo tanto, el camino no ha concluido. Es la hora del crecimiento en profundidad, de la actitud receptiva que deja a Dios el protagonismo de la propia existencia. El acompañamiento en esta fase debe incidir en la transformación eucarística de la propia vida: ser alimento que se parte y se reparte, creando espacios en los que se respire *la comunión de amor y el amor de comunión.*

Con otro cuento podemos ilustrar las diversas etapas de este lento y bello proceso monástico:

Cuentan las viejas crónicas que, en tiempos de las cruzadas, había en Normandía un monasterio dirigido por una abadesa de gran sabiduría. Más de cien monjas vivían en él entregadas a la oración, el trabajo y el servicio a Dios.

Un día, el obispo del lugar acudió al monasterio a pedir a la abadesa que destinara a una de sus monjas a predicar en la comarca.

La abadesa reunió a su Consejo y, después de larga reflexión y consulta, decidió preparar para tan noble misión a la hermana Clara, una joven novicia llena de virtud, de inteligencia y de otras singulares cualidades.

La madre abadesa la envió a estudiar, y la hermana Clara pasó largos años en la biblioteca del monasterio y fue discípula aventajada de los mejores profesores de la época. Cuando regresó, todas las monjas alabaron su erudición y la maestría de su discurso.

Fue a arrodillarse ante la abadesa y le preguntó con avidez:
– ¿Ya puedo ir a predicar, reverenda madre?

La anciana abadesa la miró a lo profundo de sus ojos y le pareció descubrir que en la mente de la hermana Clara había más respuestas que preguntas.

– Todavía no, le dijo, y la envió a trabajar en la huerta.

Allí estuvo de sol a sol por varios meses, soportando las heladas del invierno y los calores sofocantes del verano. Arrancó piedras y zarzas, cuidó con esmero cada una de las cepas de la viña, aprendió a esperar el crecimiento de las semillas y a reconocer, por la subida de la savia, el momento oportuno de podar los frutales. Adquirió otra clase de sabiduría; pero aún no era suficiente.

La madre abadesa la envió a la portería. Día a día escuchó las súplicas de los mendigos que acudían a pedir un plato de comida, y las quejas de los campesinos explotados por el señor del castillo. Su corazón ardía en ansias de justicia.

Pero la madre abadesa consideró que todavía no estaba lista.

La envió entonces a recorrer los caminos con una familia de saltinbanquis. Vivía en el carromato, les ayudaba a montar su tablado en las plazas de los pueblos, comía moras y fresas silvestres, y a veces tenía que dormir al raso, bajo las estrellas. Aprendió a contar adivinanzas y chistes, a hacer títeres, y a recitar romances y poemas como los juglares.

Cuando regresó al monasterio, llevaba consigo canciones en los labios y se reía como los niños.

– ¿Puedo ir ya a predicar, madre?

– Aún no, hija mía. Vaya a orar.

La hermana Clara pasó largo tiempo en una solitaria

ermita en el monte. Cuando volvió, llevaba el alma transfigurada y llena de silencio.

– ¿Ha llegado ya el momento?

No, todavía no había llegado. Se había declarado una epidemia de peste, y la hermana Clara fue enviada a cuidar de los apestados. Veló durante noches enteras a los enfermos, lloró amargamente al enterrar a muchos de ellos, y se sumergió en el misterio de la vida y de la muerte.

Cuando se debilitó la peste, ella misma cayó enferma de tristeza y de agotamiento y fue cuidada por una familia de la aldea. Aprendió a ser débil y a sentirse pequeña, se dejó querer y ayudar y recobró la paz.

Cuando regresó al monasterio, la Madre abadesa la miró con cariño y la encontró más humana y vulnerable. Tenía la mirada serena y el corazón lleno de rostros y de nombres.

– Ahora sí, hija mía, ahora sí.

La acompañó hasta el gran portón del monasterio, y allí la bendijo imponiéndole las manos. Y mientras las campanas tocaban el Ángelus, la hermana Clara echó a andar hacia el valle para anunciar allí el santo Evangelio.

5. 2. Estrategias facilitadoras de la comunicación

Después de haber echado un vistazo al proceso monástico, creo que ha llegado el momento de aterrizar en cosas concretas, en destrezas, en pequeños detalles de tipo formal que nos ayudan en nuestras relaciones interpersonales, sin olvidar: que la clave fundamental radica en estar unidos a Cristo, que es el único que nos va sanando, enseñándonos a transformar nuestro corazón en un corazón como el suyo; y, que debemos contar con que en nuestras relaciones fraternas estarán en juego todos nuestros prejuicios, juicios, complejos, celos, proyecciones...nuestra memoria enferma.

Por lo tanto, ¿qué tendríamos que tener en cuenta o cuidar para que nuestras relaciones fraternas sean más sanas y fluidas?

5.2.1. Somos un cuerpo con diversidad de carismas

Cultivar este sentido de cuerpo con diversidad de dones. Los carismas son dones de Dios otorgados para la edificación de la comunidad. Es una gracia el que seamos distintos unos de otros, porque esto da

riqueza a la comunidad. Lo que una no tiene se lo aporta otra hermana. Desgraciadamente suele ocurrir que los diversos carismas son motivo de celos y envidias en lugar de ser motivo de alegría y edificación, porque el que fulanito tenga tal don, hace sentir inferior a zutanito; o porque menaganito exija que los demás tengan su carisma o su sensibilidad, en vez de alegrarse de poder aportar su don particular como su granito de arena. Vamos a ilustrar esto con una historia:

Había una vez seis ciegos originarios de la India, instruidos y curiosos, que deseaban, encontrar por primera vez un elefante, con el fin de completar su saber.

El primero se aproxima al elefante y, se tropieza contra su costado, vasto y robusto, y exclama: “Dios me bendiga, un elefante es como un muro”.

El segundo, palpa un colmillo, murmurando: “¡Oh! ¡Oh! ¿Redondo, liso y puntiagudo? ¡A mi entender, este elefante se parece a una lanza!”.

El tercero dirigiéndose hacia el animal, toma la trompa ondulante en sus manos y dice: “¡Para mí, el elefante es como una serpiente!”.

El cuarto tiende una mano impaciente, palpa la rodilla, y, ¡se convence de que un elefante se parece a un árbol!

El quinto, tomándolo por azar de la oreja, dice: “¡Incluso para el más ciego de los ciegos, esta maravilla de elefante se asemeja a un abanico!”.

El sexto busca a tientas al animal, y, agarrando la cola que se balanceaba al aire, percibe algo familiar, y exclama: “¡Veó que el elefante es como una cuerda!”.

Entonces, los seis ciegos discutieron mucho tiempo y apasionadamente, yéndose cada uno a un extremo, y, aunque cada uno poseía parte de la verdad, ¡todos estaban en el error!

5.2.2. “Calzarse las zapatillas”

Cuando vea algo de un hermano que no me guste, y por lo cual me haga un problema, adoptar la actitud siguiente: en lugar de intentar cambiarla o fijarme en lo negativo, que puede ser verdad, preguntarme a mí mismo: ¿por qué esto es un problema para mí?, ¿por qué me afecta tanto?, ¿por qué me toca lo de este hermano y no lo del otro, que es igual?, ¿por qué le doy tanto poder sobre mí?, ¿por qué le permito que me quite la paz, me perturbe, me reste energías, y me obsesione?, ¿qué prejuicios

tengo hacia él?, ¿está reflejándose algo de mí mismo?, etc. Actuando de esta manera es muy posible que descubramos el problema que hay en nosotros mismos. Solamente si somos sinceros en esto, podremos practicar con autenticidad la corrección fraterna, ya que la condición para hacer corrección es que sea fraterna, es decir, una preocupación amorosa y sincera por el hermano, y no otras muchísimas cosas por las que me defiendo al sentirme amenazado.

5.2.3. *Buscar datos para dar reconocimiento positivo*

Un ejercicio práctico que da excelentes resultados, es el siguiente: cuando me fije, obsesione o detenga en una cosa negativa de una hermana, ponerme enseguida a buscar cinco cosas positivas. Verán qué sorpresa se llevarán al encontrarlas. De lo que podemos estar seguros es de que, si no las encontramos, entonces el problema no es del hermano, sino, sin lugar a dudas, nuestro.

5.2.4. *Utilizar el reconocimiento*

Poner en práctica el *reconocimiento*, ya que hacer comunidad es reconocer y ser reconocidos por lo que somos. El ser reconocidos, estimados y tenidos en cuenta es una de las necesidades psicológicas básicas que todos tenemos. El reconocimiento es decir, de una u otra manera al hermano, que lo tengo en cuenta y que es importante para mí.

Es conveniente saber que las personas tienden, durante el resto de su vida, a buscar el mismo tipo de reconocimiento que recibieron en su infancia. Si recibió sonrisas, buscará sonrisas, y si recibió patadas buscará patadas. Ésta es la razón por la cual, en ocasiones, el querer eliminar una conducta negativa por el castigo, no hará sino reforzar dicha conducta.

Es decir, preferimos los abrazos a las patadas, pero las patadas son mejores que nada: “algo es algo, peor es nada”. Como se ve claramente en la conducta de cualquier niño que “se porta mal” para buscar un castigo o una reprimenda y así llamar la atención. Según su *mapa* ésta es la única forma de lograr un reconocimiento aunque sea negativo. Por eso lo opuesto al amor no es el odio, sino la indiferencia: ahí no recibimos reconocimiento y no lo toleramos.

El reconocimiento funciona en cada ser humano como una batería, que necesita su carga diaria para subsistir, y al no recibirla, no aguanta estar “descargada” e inconscientemente hace cualquier cosa con tal de recibir algún reconocimiento. Podemos clasificar el reconocimiento en:

- **Reconocimiento positivo incondicional.** Se da por lo que la persona es, y no por su rendimiento, su saber o sus posesiones. Funciona como una invitación a sentirse bien. Ejemplos: “te quiero como eres; eres muy inteligente; eres muy tierna; etc.”.

- **Reconocimiento positivo condicional.** Estimula a la persona en su parte positiva y la invita a sentirse más o menos bien. Se refiere a las conductas, en lugar de lo que ella es: está condicionado a lo que sabe, hace o tiene. Ejemplos: “te quiero por ser puntual; eres muy inteligente cuando haces preguntas; eres muy amable al encontrarnos; etc.”.

- **Reconocimiento negativo incondicional.** Es el que generaliza lo negativo de la persona, refiriéndolo a su mismo ser. La invita a sentirse muy mal. Ejemplos: “no te quiero por ser como eres; contigo no se puede contar; no sirves para nada; eres una bruta; etc.”.

- **Reconocimiento negativo condicional.** Igual que el anterior pero poniendo una condición, e invita a la persona a sentirse más o menos mal. Ejemplos: “no te quiero por ser impuntual; eres muy terca cuando se trata de seguir instrucciones; estás horrible con ese hábito; etc.”.

El reconocimiento de mayor valor psicológico es el positivo incondicional, y el de menor valor psicológico es el negativo incondicional; y entre ambos están los condicionales. Para la aplicación práctica que nos ayude a una auténtica comunicación de comunión, deberíamos tener en cuenta que:

+ **Cuando queramos estimular positivamente a una persona** es mejor reconocer a la persona en lugar de la conducta. Éste es un cambio conductual para llegar a relaciones de comunión. Ejemplos: “eres una buena amiga” *versus* “gracias por este favor”; “eres muy inteligente” *versus* “te luciste explicando esto”.

+ **Cuando quieras corregir a una persona,** hazlo con respecto a la conducta y no a la persona. Ejemplos: “nos molesta que des tanta prioridad a tus cosas, más que a las del grupo” *versus* “eres una egoísta”; “estás contestando muy mal” *versus* “eres una grosera”.

Por último vamos a enumerar **las destrezas para el reconocimiento**, con el fin de utilizarlo de una manera adecuada para profundizar en la comunión:

a) **Dar reconocimiento positivo.** La persona siente que vale como ser humano en la medida en la que damos *reconocimiento positivo incondicional*, y la persona que lo da siente una profunda satisfacción. Para aprender a dar este tipo de reconocimiento es muy importante proponerse ver lo positivo que tienen los hermanos de la comunidad, haciendo una lista y diciéndoselo después, siempre y cuando se tenga una actitud sincera y espontánea.

b) **Aceptar reconocimiento positivo.** Dar un “gracias” cuando recibimos reconocimiento positivo, así el hermano sabe que lo he recibido bien. Al no hacerlo, se corre el riesgo de que el hermano se sienta rechazado como persona y se niegue a seguir reconociendo positivamente al otro. Ejemplos: “eres muy sincero”. Se debe responder: “gracias” *versus* “si realmente me conocieras”... o “bondad suya”; “eres muy generoso”. Se debe responder: “gracias” *versus* “Olvídalo”... o “no es nada”. Cuando otro hermano rechaza tu reconocimiento positivo tienes todo el derecho a decir: “pues así lo creo yo...”, “lamento que no quieras creerme”.

c) **Pedir reconocimiento positivo.** Las personas no son adivinas de lo que las otras necesitan, ni es obligación tratar de hacerlo. No es sano basar la satisfacción de las necesidades en la capacidad de las otras para adivinar lo que se quiere, aunque reconocemos que el detalle espontáneo es digno de encomio. A la vez, la otra persona siempre tiene la opción y la responsabilidad de decir “no”, si no quiere dar lo que pides. Ejemplos: “¿me consideras una buena amiga?; opino que he cumplido mis responsabilidades bastante bien, ¿qué piensas tú?”.

d) **Rechazar reconocimiento negativo.** Esto implica autovaloración, y se puede hacer rechazando o ignorando los reconocimientos negativos. Ejemplos: “eres una desconsiderada”. Se debe contestar: “el hecho de que no haya querido hacerte este favor no significa que yo sea una desconsiderada”.

No olvidemos que el reconocimiento está basado en el verdadero conocimiento tal como lo hemos resaltado en muchas ocasiones: sólo conoce de verdad a la hermana quien la mira con amor, con *el corazón mismo de Dios*. Tres historias para terminar:

Una:

- ¿Qué es el amor?, preguntó el discípulo.
- La ausencia total de miedo, dijo el Maestro.
- ¿Y a qué le que tenemos miedo?, preguntó nuevamente el discípulo.

– Al amor, respondió el Maestro.

Otra:

Había dos monjes que vivieron juntos durante cuarenta años y nunca discutieron. Ni siquiera una vez.

Un día, uno le dijo al otro:

– ¿A usted no le parece que es hora de que discutamos por lo menos una vez?

El otro monje dijo:

– ¡Está bien, comencemos! ¿Sobre qué discutiremos?

– ¿Qué le parece este pan?, respondió el primer monje.

– Está bien, vamos a discutir sobre el pan.

– ¿Cómo haremos?, preguntó el otro monje.

Contestó el primero:

– Ese pan es mío, me pertenece.

El otro replicó:

– Si es así, tómelo.

La paz no es necesariamente destruida por la disputa o la discusión. Quien destruye la paz es el yo.

La última:

Un monje andariego se encontró, en uno de sus viajes, una piedra preciosa, y la guardó en su talega. Un día se encontró con un viajero y, al abrir su talega para compartir con él sus provisiones, el viajero vio la joya y se la pidió. El monje se la dio sin más.

El viajero le dio las gracias y marchó lleno de gozo con aquel regalo inesperado de la piedra preciosa que bastaría para darle riqueza y seguridad todo el resto de sus días.

Sin embargo, pocos días después volvió en busca del monje mendicante, lo encontró, le devolvió la joya y le suplicó:

– Ahora te ruego que me des algo de mucho más valor que esta joya, valiosa como es. Dame, por favor, lo que te permitió dármela a mí.

*Monasterio de Santa María, de Sobrado
15813 Sobrado de los monjes (La Coruña)
ESPAÑA*